

deza, se evaporan en lo vacío, y se pierden, sin llenar el destino que Dios les ha señalado. El hombre necesita de sus semejantes, de sus hermanos. En su inteligencia encuentra la verdad, en su pecho el amor que vivifica la vida, en sus fuerzas nuevas fuerzas, en todo su ser el complemento del propio ser, y el auxilio poderoso de la flaca naturaleza. El dolor en la soledad es mas intenso y mas agudo. La desgracia en triste aislamiento llega á traer consigo como consecuencia forzosa la muerte. El mundo sin la presencia del hombre ó seria como un bosque confuso, ó como un desierto desolado; y el corazón sin el amor del hombre es árido y triste, y no puede dar de sí ni la caridad, ni la compasión, ni el amor. Por eso el cristianismo que tan en armonía está con nuestra naturaleza, ha querido reunir todos los hombres en un solo cuerpo, y ha fundado para reunirlos la institución divina de la Iglesia. Así como la fé es el amor á Dios, la caridad es el amor al hombre. La fé y el amor se unen como los términos de una misma idea, como la manifestación de un mismo sentimiento. La fé sin el amor es inútil. El amor sin la fé es infecundo y estéril. Por la fé, el hombre se acerca al pié del altar, ve á Dios, y une su vida transitoria, su vida de un día, con la vida eterna, que preside á los tiempos. Por la caridad, el hombre extiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, conjura las tempestades que amenazan herir su frente, le auxilia á realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obstáculos, vive vida mas grande, mas intensa, mas hermosa; porque al fundirse por la caridad en uno todos los corazones, y al fundirse por la fé en una todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina con incontrastable dominio la naturaleza, que no puede resistir á la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Si amar á Dios es la fé, amar al prójimo es la caridad. Sin la caridad todas las virtudes son como si no fueran. La fé, la castidad, la pureza sin el amor á nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes a vida, ni sirven de ejemplo en la tierra. El hombre encastillado en su egoísmo es como el bruto encerrado en su instinto, que le lleva al triste aislamiento. Por eso la Iglesia reúne en su seno á todos los hombres; por eso, segun San Pablo, les enseña á tener á Dios por padre, y á sus semejantes por hermanos. La Iglesia es como el ara donde arde eternamente el fuego de ese amor divino, que es la esencia del alma, que es el calor de la vida. Y ese amor divino á nuestros her-

manos, amor intensísimo, amor sublime, que es el signo por el cual se distingue el hombre de todos los seres, lleva á satisfacer el hambre del pobre, á engujar las lágrimas del desgraciado, á romper las cadenas del esclavo, á derramar la luz de la inteligencia en el alma oscurecida del ignorante, á hermohear el corazón del perverso, á dilatar por el bien que derramemos sobre la tierra nuestra pobre alma en el seno de la humanidad, que por el amor crece y se trasfigura. La Iglesia, pues, representa el amor. El atributo principal de la Iglesia es la unidad. La unidad de la Iglesia está fundada en la unidad de Cristo.

Y aquí llega el principio capital de la doctrina del gran apóstol de los gentiles, el que le eleva entre todos los hombres de su siglo. Sabido es el espíritu semítico que reinaba en el antiguo pueblo judío y en el nuevo pueblo cristiano. Este espíritu se hallaba caracterizado por una tendencia particular al orgullo aristocrático de raza. El semita, nacido en el desierto, sin ver mas mundo que sus inmensas soledades cortadas por algun oasis, por alguna palmera, por alguna cisterna; con su alma guerrera mas ardiente que el sol, con su corazón ménos compasivo que las abrasadas arenas, adorando un Dios único, creyéndose heredero de este Dios, detestando á todos los pueblos de la tierra por su idolatría, dispuesto siempre á ensangrentar sus armas en el cuerpo de todas las razas, lejos de unirse con sus hermanos, se aparta de ellos, y se aísla, y se pierde en la soledad, como un penitente, como un cenobita, y no quiere unirse á los demas pueblos, porque cree sus ideas errores, y sus costumbres terribles y execrables abominaciones. Este carácter particular producía el odio de pueblos contra pueblos, de civilizaciones contra civilizaciones, de razas contra razas, de dioses contra dioses. La lucha entre la raza semítica y sus enemigos habia poblado de cadáveres los desiertos, habia teñido en sangre los arroyos, habia enterrado en cenizas las mas populosas ciudades. Y el pueblo judío, así educado, no podia admitir en su templo ningun otro pueblo, no podia consentir que el tesoro de sus promesas y de sus esperanzas pasara nunca á otras naciones. Por eso, al nacer el cristianismo en el seno de la Sinagoga, nacia como una protesta contra el espíritu egoísta de la raza semítica. Mas los primeros cristianos no comprendían esta tendencia; no adivinaban esta idea. Creían que Dios continuaba sellando con el sello de su elección la frente de la raza semítica. San Pablo rompió este círculo estrechísimo con su inspirada é incomparable palabra. Como Dios es uno, como es uno Cristo, como la Iglesia es una, la humanidad tambien es una en espíritu.

Ya no hay griegos, romanos y judíos, ya no hay señores y esclavos, ya no hay siervos é ingénuos, ya no hay diferencia de dignidad en los sexos; el judío, el griego y el romano, el señor y el esclavo, el siervo y el ingénuo, el hombre y la mujer son de una misma carne, de una misma sangre, de un mismo espíritu, de una misma familia; están llamados por Cristo á la redención, llevan en su alma el gérmen de todas las virtudes, y la semilla de todas las esperanzas; pueden, regenerados en Cristo, aspirar á subir por la escala de sus obras, y con el auxilio de la gracia, hasta el cielo, á penetrar con su mirada la esencia de la creación, á hollar con su planta los mundos, á adorar con su corazón á Dios. ¿Qué remordimientos, señores, tan grandes para los que quieren invocar el cristianismo como sancion de la tiranía, qué remordimientos deben sentir delante de esta doctrina tan sublime! Si los hombres son iguales, si el siervo y su señor son hijos de Dios, si en presencia de la divina justicia no hay categorías, no hay gerarquías; no hay clases; si sobre el judío, el griego y el romano está la humanidad, si todos los hombres son igualmente libres, igualmente responsables de sus obras, si todos son hermanos, ¿con qué derecho os levantaís, hijos de las tinieblas, á oscurecer, á borrar en mi alma, lo que es de Dios, lo que he recibido del cielo, mi libertad y mi conciencia? Mas en armonía está con el espíritu del Evangelio levantar del polvo el caído, quebrar la argolla en las manos del esclavo, enjugar sus lágrimas, y vertiendo suave bálsamo en sus heridas, enseñarle que en su alma lleva un eterno derecho, una ley, en virtud de la cual todo aquel que intente robarle su sér, es reo de la divina justicia, que á todos nos hizo libres en nuestra voluntad, iguales en nuestra naturaleza, y hermanos por nuestros sentimientos. Y esta igualdad resalta en toda la doctrina de San Pablo. Por el bautismo todos hemos adquirido libertad en Cristo; por la redención todos hemos rescatado nuestra culpa; por la gracia todos hemos unido nuestra vida á Dios; por la cena todos hemos recibido el cuerpo y la sangre de Cristo; por la resurrección todos hemos visto abrirse á nuestros ojos el camino de salvación, y por la fé y por la esperanza todos confiamos en nuestro Padre, que está en los cielos. La Iglesia cristiana ha de reflejar, segun San Pablo, eternamente la union de nuestras inteligencias en el dogma, de nuestros corazones en la caridad, de nuestras almas en Dios.

El reino de Dios es como el resumen, como la última palabra de San Pablo. El sentido materialista de los judíos habia comprendido

un reino de Dios limitado en un pequeño espacio. El mar lo lamería con sus ondas, el desierto lo rodearía con sus arenas de oro, las palmeras y los cedros lo cubrirían bajo sus verdes ramas, arroyos clarísimos lo bordarían de flores, caravanas cargadas de piedras preciosas lo recorrerían en todo su camino, y soldados fortísimos lo guardarían con sus fuertes lanzas contra todos los reyes de la tierra, que no se atreverían á mirarlo por no quedar ciegos, deslumbrados con el resplandor de su luz y de su gloria. Mas no es de ninguna suerte este reino pequeño, limitado, material, el reino de Dios que nos prometia San Pablo, no. El apóstol de los gentiles prometió un reino fuera del tiempo, lejos del espacio, en que la vida es divina, y los lazos de la materia se rompen y el cuerpo se trasparenta y se herposea, y el alma se cobija bajo las alas de la luz, de la verdad, y nuestro sér se pierde en el éther, y los ángeles recogiéndonos en sus brazos nos llevan, entonando los cantares de que son como perdido eco las armonías de las esferas, delante de Dios, nuestro salvador, nuestro padre. La vida en Dios es la muerte del pecado. Todo lo que hay en la tierra se descompone, como suspirando por una trasformacion gloriosa. Pero el hombre, solo el hombre dejará aquí en la tierra su forma de un día para perderse en el cielo. Por eso San Pablo suspira dolorido por dejar esta luz que es el velo de la luz divina, esta tierra que le encubre el cielo, este cuerpo que no le deja esplayarse en lo infinito, estos ojos de carne que no consienten ver en esencia á Dios, este corazón, en que no cabe todo el amor divino, este barro amasado con lágrimas y sangre, pobre y frágil que no podia sufrir el fuego de la vida sin quebrarse y fundirse; esta organizacion, que es como una cadena, que ata el alma al solitario peñasco de la tierra, cuando el alma puede volar mas allá de los astros, y eclipsar con su vida y con su lumbre el mismo sol, y ser feliz en el seno del Eterno. Por eso la vida de hoy en el espacio y en el tiempo es como una vida ficticia, engañosa, pasajera, es la sombra de la niebla, que deja suspendidas algunas lágrimas en los árboles del camino; y la vida en el reino de Dios, es una vida pura, eterna, que lucirá siempre entre los ángeles como luce entre los coros de los astros del sol.

Hemos dado una idea muy sucinta de la doctrina de San Pablo. Una secta religiosa ha querido fundar en las ideas de este gran apóstol sobre la eleccion de Dios toda una doctrina, en que la libertad muere, y la gracia y la fé solo se salvan. Yo creo firmemente que nada hay mas contrario al espíritu del cristianismo. La base incon-

trastable de toda moral, de toda religion, es la libertad del hombre. Sin libertad, la revelacion es inútil, la gracia ineficaz, el pecado no existe, la justicia de Dios es una burla, el premio un capricho, el castigo una crueldad, la virtud una mentira, el bien una sombra vana. Si el hombre desde el principio de su vida fuera elegido para el bien ó condenado al mal por una eleccion arbitraria, que repugna á la justicia divina, serian inútiles las predicaciones de los apóstoles, inútil la revelacion, inútil la virtud, inútiles las buenas obras. De una doctrina tan desoladora solo se concluye el aniquilamiento del hombre, y la injusticia de Dios. La doctrina de San Pablo, su vida, sus epístolas, su definicion de la fé, sus continuas invocaciones á la libertad cristiana, su constante predicacion para que el hombre y los pueblos abracen la virtud, sus sacrificios, su amor, su apología de la caridad, todas sus obras y todas sus palabras, muestran que aquel apóstol queria armonizar y armonizaba la libertad con la ley, las obras con la gracia, y que creia en el dogma fundamental de la responsabilidad del hombre.

Si San Pablo eleva la gracia, si le da una virtud grande, es para mostrar la eficacia de la redencion, toda la salud, que traia consigo el sacrificio del Verbo. Cuando todavía estaba caliente el sepulcro del Salvador, fresca su sangre en el Gólgota, San Pablo, que represente el principio de la edad en que se exalta la fé, debia tener presente siempre ante sus ojos toda la virtud de estos grandes dogmas que venian á redimir al hombre de la culpa. De otra suerte, la idea de la redencion no hubiera sido claramente comprendida, y los primeros cristianos no hubieran tenido la fuerza que necesitaban para la predicacion y para el martirio. La primera edad de toda gran idea es la edad de entusiasmo y de fé ciega. Y de aquí proviene ese ardor con que San Pablo difunde la gracia para dar fuerza al corazon, y la fé para dar fuerza á la inteligencia, á fin de que los paganos sacudan el sueño del materialismo, y los judíos sus preocupaciones, y unos y otros se confundan al pié de la cruz en el amor, en la esperanza, y alcancen así el único premio, que puede darles la buena nueva predicada por el Salvador, la aureola sagrada del martirio. La fé y la gracia debian ser dos ideas dominantes en este momento capital de la historia del cristianismo.

Veamos las diferencias entre el primitivo sentido de los cristianos sujetos á la Sinagoga, y el sentido de San Pablo. Unos y otros se unen, se identifican en la idea de Dios y sus atributos, de la Creacion

y de la Providencia. En este punto la antigua revelacion era como la raíz, como el tallo de la nueva revelacion, de la nueva idea. Pero la doctrina de San Pablo se diferenciaba en muchos puntos de la profesada por sus antecesores. Estos creian que solamente los judíos estaban destinados á recibir en su frente el bautismo cristiano, y San Pablo creia que las puertas del templo debian abrirse tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. Los primitivos cristianos aún no bien apartados de la Sinagoga, creian que el reino de Dios era un reino de la tierra, poderoso, basado en la gloria temporal del Mesías, y San Pablo vino á señalar el reino del Mesías como oculto entre los resplandores del cielo. Los primitivos cristianos creian que la fuerza de la ley antigua estaba viva, que los ritos debian continuar, que el Evangelio era solo un apéndice de la Biblia; y San Pablo creia que la ley estaba esplicada y completada con la nueva doctrina, que los ritos habian sido abrogados, que el Evangelio contenia en sí toda la revelacion. Los primitivos cristianos creian que en el cumplimiento de las ceremonias de las antiguas prácticas estaba la verdad y el mérito; y San Pablo mostró que la fé debia ser el criterio de la religion, la gracia, la fuerza de la virtud, el reino de Dios, el fin de todas las voluntades, el objeto de todas las acciones y de todas las obras. Esta doctrina, que de una manera tan elocuente y tan sublime venia á revelar muchas ideas, que si bien escondidas en el seno de la revelacion, que es perfecta, no habian llegado hasta la mente de los fieles, debian promover dentro del seno mismo de la nueva comunión ardientes controversias y discusiones hasta el dia feliz en que la Iglesia reunida pronuncia su última palabra, que debia ser la creencia universal.

La doctrina de San Pablo iba á ir á los pueblos paganos, iba á entrar en sus templos, iba á arrancar al pié de sus aras los sacerdotes, iba á llamar á la comunión con Dios á los gentiles, á los que habian tomado por divinidades las brumas de la tarde, el centellar de los astros, los ecos perdidos de la naturaleza. Segun esta idea, el que sacrificaba á Venus, el que asistia á los misterios de Eleusis, el que iba á consultar el oráculo de Delfos, el que cantaba acompañado por las ondas del Egeo las transformaciones de sus dioses, no habia menester la circuncision en su cuerpo para llegar á poseer la verdad y la gracia en su alma. Esta doctrina tan sumamente amplia, esta doctrina trascendental y vigorosa debia levantar una oposicion fortísima dentro de la primera comunión cristiana. Sabido es que mientras la

Iglesia no pronunciaba su fallo sobre una tésis, sobre un punto de pública controversia, los fieles discutian siempre sobre su mejor inteligencia. El partido mas amante de la Sinagoga, el que se acercaba al antiguo ideal religioso, el que cumplia todas las prácticas y todos los ritos del culto judío, creyó ver en la doctrina de San Pablo una profanacion, y tembló, porque le parecia que al ver entrar en su templo á los gentiles, Dios los habia de consumir con el fuego de su justa cólera.

Sobre la frente de San Pablo se condensaban muchas y grandes tempestades. Jamas hombre ninguno habia conjurado contra sí tantas terribles pasiones. Se atraia por su palabra y por su doctrina el odio de los paganos, el odio de los judios, y hasta el odio de los cristianos, que no querian separar su corazon de la Sinagoga, ni su mente de los antiguos ritos. Cuando leyendo sus epístolas, vemos los dolores, las penas que le asaltaban, no podemos dejar de consagrarle algunas lágrimas, como á todos los mártires de la verdad y del progreso. Los paganos le lanzaban sus dardos, porque con sus palabras conmovia los altares de sus dioses. Los judios le perseguian, porque llevaba al seno de la ley antigua un nuevo espíritu. ¡Cuántas veces en Efeso, en Tesalónica, en Lystra, el antiguo fariseo, perseguidor de los cristianos, estuvo á punto de perecer á manos de los judios por sostener la misma doctrina que habian sostenido sus víctimas, y las mismas ideas que habia vertido Estéban, el primero de los mártires! El farisaismo que habia creído encontrar en la nueva secta un poderosísimo auxilio para combatir el poder de las ideas griegas en la conciencia, y el poder del pueblo romano en la tierra, ardió en aquella devoradora ira, que tantas veces sintió San Pablo, cuando pudo convencerse de que la nueva secta no buscaba en los idólatras enemigos, sino hermanos, dignos de ver la eterna luz, y participar del reino de Dios en el cielo. El odio que esta doctrina debia inspirar siempre á los fariseos debia acrecentarse, al considerar que Pablo les habia faltado como judío haciéndose cristiano; como cristiano, llamando al nuevo templo á recibir el bautismo á los idólatras. Pero no era esta la guerra que temia San Pablo. El apóstol temia la guerra de sus hermanos, de los que adoraban á Cristo, de los que, en vez de abrirle los brazos para llevarle al templo del Señor á orar juntos, le rechazaban como abominable enemigo. Su ardor animoso, el celo de su fé, su doctrina sobre la gracia, su ansia por llevar á los piés de Cristo los gentiles, su maravillosa predicacion, su lógica mas penetrante que

una espada de dos filos, su sentido humanitario superior á todo orgullo de raza, á toda preocupacion de escuela, estas cualidades que debian ser su gloria en la posteridad, fueron su desgracia entre muchos hombres de su tiempo, incapaces de ver dónde se perdía el vuelo impetuoso de su alma. Preguntábanle de dónde habia recibido su mision, si habia visto á Jesucristo, si habia conversado con él, si habia recibido su doctrina, si habia llorado su muerte, si habia asistido á su resurreccion, si habia participado del Espíritu Santo, como queriendo negarle hasta sus títulos de apóstol. Así San Pablo tenia que recordarles continuamente lo mucho que habia hecho por el cristianismo, su conversion milagrosa, sus continuas luchas, sus discusiones en todas las ciudades de Grecia, su predicacion incesante, sus terribles tres naufragios, su sed en el desierto, su hambre en la peregrinacion sus enfermedades entre el ardor de aquellas batallas espirituales, su martirio cruento, las heridas que le habian abierto las varas de los judios, las piedras de los paganos, los peligros que habia arrojado en las ciudades por su palabra en la soledad, desafiando los elementos, entre mil tempestades, el testimonio, por fin, que en él se realizaba de la verdad del cristianismo, y de la eficacia de la fé, pues mientras los hombres le ofrecian honras y placeres, por seguir sus falsos idolos, él escogia la servidumbre y la desgracia y el dolor por adorar á Jesucristo, y estender por el mundo su salvadora doctrina. El partido opuesto á San Pablo organizó, á pesar de estas continuas protestas, una guerra contra el apóstol de los gentiles; quiso arrancarle las iglesias por él fundadas; lanzó á su paso hombres destinados á detenerle en sus triunfos; llevó la discordia al seno mismo de las comisiones, que solo habian oido su voz; quiso que la iglesia Palestina fuese la norma de todas las iglesias, mientras el apóstol ponía con mejor consejo y con mas grandes inspiraciones sus ojos en Roma; le afeó que no exigiese para la salud de los fieles la circuncision, los ritos y las abstinencias de la antigua ley, y hasta en el fondo de su calabozo de Roma, allí donde manifestaba en el dolor su corazon lleno del amor divino, y dispuesto á morir por su fé, no le perdonó y le hizo apurar el cáliz de todas las amarguras, haciendo tristísima su suerte, no tanto por el odio y la persecucion de sus enemigos, como por los celos y los combates de los que debian llamarse sus hermanos. En estas luchas terribles, continuas, diarias, San Pablo muestra la elevacion de su espíritu, la grandeza de su fé. Pero preciso es confesar que su doctrina era muy grande, muy trascendental para ser comprendi-

da por los que no se decidían á abandonar el ara de la Sinagoga. Estos recelaban de su antiguo perseguidor, y le tenían por herege. Sustituir al templo, toda la tierra, al sacerdocio de una sola raza, el sacerdocio de todos los hombres, al rito, el Evangelio, á la legalidad antigua, la gracia, á la práctica bíblica, la fé, era una idea tan viva y tan grande, que necesariamente habia de provocar todas las iras que provocan siempre las nuevas ideas en la tierra. San Pablo, como dice con razon un grave y erudito autor, no tiene en este combate aquella serenidad, aquella mansedumbre que muestra Jesucristo; su sangre hirviente le lleva muchas veces hasta la amenaza y la violencia; pero no pidamos nunca al hombre lo que solo es propio de Dios.

San Pablo para contener esta oposicion siempre creciente escribe su famosísima epístola á los hombres, resúmen de todo su pensamiento y de toda su vida. En ella presenta el paralelo entre la religion antigua y la nueva religion, entre Moisés y Jesucristo, entre la Biblia y el Evangelio. La religion bíblica fué predicada por profetas como Moisés, como Abraham, como Jeremías, como Isaías; la religion cristiana por el mismo Dios, en la persona [de su único Hijo. La religion bíblica es la inspiracion de Dios; pero la religion cristiana es la luz misma de Dios. La religion bíblica es servida y propagada por elegidos del Señor para servir y prolongar la religion cristiana; Dios no encontró á ningun profeta mas digno que él mismo, su propia persona, su eterna palabra. Entre Dios y el pueblo está en el judaismo la casta sacerdotal; entre Dios y el hombre está en el cristianismo Jesucristo, Dios y hombre á un mismo tiempo. El sacerdote se eleva como un príncipe y Jesus se humilla como un esclavo. La expiacion en la antigua religion es la sangre de una víctima, y la expiacion en la nueva religion es la misma sangre de Dios. El sacerdote antiguo tiene que ofrecer un holocausto en desagravio de sus mismas culpas, Jesus es un sacerdote inmaculado. La víctima antigua se desvanece como el humo del sacrificio, la víctima cristiana está siempre en el ara de los cielos para desagraviar al Eterno. El rito hebreo consiste en cumplir las prácticas legales, y el rito cristiano consiste especialmente en la pureza del corazon, y en la eficacia de la gracia. El reino de Dios del antiguo Testamento era un reino limitado, la posesion pacífica de la tierra prometida; pero el reino del Nuevo Testamento se levanta sobre las alas de los ángeles, mas allá

del azulado éter de los cielos, donde están escritos en letras de estrellas los nombres de los justos.

De estas luchas continuas salia mas clara la nueva religion y los grandes progresos que encerraba para el mundo. Aquella revelacion sembrada por un hombre oscuro, pobre, muerto en el mas oprobioso de los patíbulos, se levantaba sobre toda la revelacion antigua, sobre la frente de los doctores profetas, explicando las ideas ocultas en sus símbolos. Pero, fuerza es confesar que esta lucha permanente, diaria, comprometia gravemente la paz de los espíritus y la unidad maravillosísima de la Iglesia. Porque si en esta lucha predominaba el espíritu de los judíos, era muy fácil que el mundo pagano se hubiera quedado fuera del nuevo templo, alejado del candor de la nueva revelacion, y la obra de Cristo hubiera sido inútil. Pero si predominaba la tendencia opuesta, la tendencia pagana, amenazaba al mundo un mal no ménos grave y lastimoso; el Evangelio se hubiera aislado de la Biblia, si se hubiera perdido toda la vida anterior, toda la historia precedente, todas las ideas de los profetas y de los sacerdotes antiguos, cuando en la historia, por la inmanencia de las ideas, la vida no debe perderse, ni evaporarse nunca, sino caer como una catarata sin fin, de generacion en generacion, de siglo en siglo, de gente en gente, para que el trabajo de la humanidad nunca sea perdido. Por eso era necesario, indispensable, buscar una síntesis entre estas antítesis, un armisticio en esta lucha, una ley superior, que resolviese y armonizase todas estas grandes y trascendentales contradicciones.

Ninguno de los partidos podia por sí y ante sí resolverse la contradiccion. Cualquiera de las opiniones impuestas hubiera sido una herida abierta en el seno de la Iglesia, que no debia chorrear sangre, cuando Dios la destinaba á ser el único regazo de la humanidad atribulada y herida. Por fin, el espíritu de Dios inunda con su luz aquellos corazones, la Iglesia universal se levanta sobre las guerras de las comuniones en lucha, las puertas del Concilio se abren, los apóstoles discuten sus diferentes ideas, Pablo es pregonado de comun acuerdo apóstol de los gentiles, misionero del Eterno, la circuncision es abrogada para los paganos, el bautismo queda como el único signo de la reconciliacion del hombre con Dios, los ántes desavenidos se abrazan, la conciencia general de los fieles pronuncia su primer palabra de paz, y aquellos hombres extraordinarios, tocados en el corazon por el amor divino, que obra milagros y hace maravillas, se dispersan por el mun-

do para derramar la salud y la verdad, y encontrar en cambio el dolor y el martirio.

El espíritu de reconciliación entre los dos partidos está admirablemente representado en uno de los monumentos más grandes del primer siglo, las actas de los apóstoles. En ese libro se ve que la lucha entre los judíos cristianos y los paganos-cristianos va á tener un término. Los dos grandes actores del libro, los dos principales personajes son San Pedro y San Pablo, el primero como jefe de la Iglesia, el segundo como apóstol de los gentiles. Se ve en todo el libro que su autor ha querido arrancar dos banderas distintas á dos partidos batalladores, para unirlos en la enseña común del Evangelio. San Pedro y San Pablo, que el espíritu de secta había presentado como enemigos, se ofrecen aquí en este libro maravilloso, como dos hermanos que sienten lo mismo, que acarician una misma idea. Es verdad que San Pedro ofrece alguna resistencia á abrazar á los paganos, mas por inspiración de Dios admite en el seno de la Iglesia al centurion Cornelio. Es verdad que Pablo quiere abolir la circuncisión; mas llevado del mismo espíritu, ordena que se circuncide Timoteo. Es cierto que San Pedro ha recibido el espreso mandato de Dios para evangelizar á los judíos, pero tambien es cierto que San Pablo ha recibido la inspiración divina para evangelizar á los paganos. La vocación de San Pedro está clara y no necesita el libro insistir en este punto, en que Jesus manifestó su voluntad; pero la vocación de San Pablo está aún explicada con mas insistencia, con mas amplitud, con mas minuciosidad á los ojos de los primitivos cristianos. San Pablo como San Pedro tiene el don de los milagros, cura á los enfermos, vuelve la luz á los ciegos, el movimiento á los paráliticos, la salud á las almas oscurecidas por el error. La lucha entre los primitivos cristianos se representa mas bien que como una consecuencia natural de las ideas, como una discordia levantada por la mano de los fariseos. San Pedro y San Pablo tienen las mismas ideas sobre la fé, sobre la ley, sobre la gracia. Por fin, Pedro y Pablo y todos los apóstoles reciben por mandato divino en su alma el espíritu de Dios, y el espíritu de Dios les sostiene, y el espíritu de Dios les da fuerzas para el combate, y el espíritu de Dios reparte la verdad por igual entre todos, y una eterna paz va á sonreír como iris celeste sobre la frente de la Iglesia, que guarda el pensamiento de Dios.

Este gran cuadro del siglo apostólico lo completa la figura mística-divina, de San Juan, el San Pablo de los Evangelistas. Amigo pre-

dilecto de Jesus; su discípulo mas íntimo, su compañero mas inseparable; el que recogió todos los secretos de su corazón y vivió al calor de su vida; el que en el desierto, en los torrentes de Cedron, en el monte de las Olivas oyó sus discursos, vió sus milagros, presenció sus angustias; el que muchas veces velaba en el fondo de las grutas su sueño; el que recogía los frutos para satisfacer su hambre, el agua en el hueco de su mano para apagar su sed; el que sostenía la cabeza del Salvador, cuando los dolores de su predicación y de su apostolado le asaltaban y le oprimían; el que le seguía por el camino del Calvario, derramando amargas lágrimas, y al pié de la cruz, cuando todos le abandonaron, recogió su último suspiro, su postrer aliento, y sentía despedazarse su corazón como se despedazaban las piedras y los montes; el apóstol querido de Jesus conservando en su pecho aquel amor intensísimo, aquella amistad tan pura, aquel recuerdo de gloria, que había circundado la frente del Salvador, solo, en el mar riuueño de la Grecia, abandonado á sus recuerdos, y á sus grandes pensamientos, despues de haber recogido el espíritu de Platon, profeta pagano del cristianismo, escribe su Evangelio que viene á ser como la hermosa luz que ilumina con místicos resplandores todo el gran cuadro de los progresos del cristianismo en el siglo primero de la Iglesia.

El Evangelio de San Juan se diferencia de todos los demas Evangelios. Estos son mortales, destinados á enseñar la vida práctica de Jesus; el Evangelio de San Juan es dogmático, destinado á mostrar la vida de Jesus en la eternidad. La idea que siempre tienen fija en la mente los tres primeros evangelistas es la idea de la humanidad de Cristo; la idea que tiene siempre fija San Juan es la idea de su divinidad. San Mateo empieza su Evangelio, dándonos la genealogía humana de Jesus; San Lucas, describiendo la encarnación del hijo de Dios, y su nacimiento; San Marcos pinta el bautismo; pero San Juan se eleva en alas de su genio á las alturas y ve al Verbo ántes que se desplegaran los cielos, y lloviera el espíritu creador sobre los cielos las estrellas, y nos ofrece á Jesus en la eternidad. Este es el carácter especial del gran apóstol. Los tres evangelistas precedentes tienen un espíritu práctico, moral, y el último evangelista tiene un gran carácter místico y teológico. El presenta al cristianismo como la religión absoluta, coadyuvando de una manera maravillosa á la obra de San Pablo. Sus grandes pensamientos son hijos de su corazón, están enrojecidos en el fuego del amor divino. Parece como que su rutina conserva la purísima imagen del Salvador, como que su alma

lleva grabada en el fondo todos sus amorosos suspiros, todas sus dulces palabras; y aquellos suspiros y aquellas palabras bastante fecundas para animar un mundo entero, son el alma de su alma, el espíritu de su palabra, la esencia de su idea. El amor llena hasta los abismos mas profundos de su alma; el sentimiento de su criterio, el misticismo mas puro, mas entusiasta, toda su doctrina. El Verbo, sí, el Verbo es toda su idea; el Verbo en la eternidad; el Verbo en el tiempo; el Verbo existiendo como una virtud de Dios en el cielo, y el Verbo existiendo como la encarnacion de Dios sobre la tierra. Tal es la primera y la última idea de su Evangelio, la trama de toda su vida espiritual.

La primera idea de San Juan es la idea de Dios, centro de la vida y de la ciencia. Dios en su inmortalidad, en su esencia, en su naturaleza incondicional y absoluta, no puede ser comprendido ni explicado, segun San Juan, por el humano entendimiento; pero Dios puede ser comprendido y explicado por sus maravillosos atributos, y de aquí la necesidad de que Dios se revele á la inteligencia, no en todo su esplendor y grandeza, sino por medio de la encarnacion de su Verbo; Dios es, segun San Juan, espíritu impalpable para nuestras manos, invisible á nuestros pobres ojos; Dios es luz, y de sus resplandores son como un ligero y ténue reflejo esos mundos que brillan en los infinitos espacios; Dios es amor, y con su amor sostiene la naturaleza y une los corazones y las inteligencias de los hombres; Dios es vida, y esa vida se irradia sobre toda la creacion y la alimenta, pues sin Dios, ni el espíritu seria, ni la luz del sol tefiría los desiertos cielos, ni los seres se esclazarian unos con otros, ni el mundo podria vivir; y la naturaleza y la humanidad serian sombras que se dibujan un instante en la boca de los abismos.

Pero el Dios-esencia, el Dios-espíritu, luz, amor, vida, para revelar-se á los mortales, debia encerrar su esencia en una persona, en un hombre, en su hijo. De aquí la nocion del Verbo, esa nocion que la escuela platónica habia adivinado, que la escuela alejandrina habia presentido, y San Juan explica con maravillosa elocuencia, uniendo el espíritu cristiano con todo lo que la filosofia habia sentido de grande y habia pensado de verdadero. El Verbo, [logos en el lenguaje de San Juan] es el hijo único que Dios engendró antes del principio de las cosas, distinto del Eterno como persona, idéntico al Eterno como sustancia; palabra creadora, que al caer sobre el caos le dió vida, orden y armonía; revelacion sublime, que al herir la conciencia humana,

le mostró el verdadero Dios, y que como Dios, tiene en sí una luz, sin la cual no brillarian los astros; un amor, sin cuyo soplo no reverdeceria eternamente la creacion; una vida, sin la cual serian polvo, y nada todos los seres todo el universo.

El Verbo ha sido como una segunda revelacion de Dios, ó mejor dicho, como la última revelacion de Dios. La primera revelacion divina es la naturaleza. El cielo azul, sereno; los astros luminosos que lo pueblan; el sol, que llena todas las esferas con su lluvia de luz; los planetas, que giran en concertadas armonias como otros tantos soles; el polvo de mundos que forma esa vía láctea, perdida como un vapor indeciso en los últimos confines del Universo; la casta luna, que inunda la callada noche con sus rayos melancólicos y suaves; la tierra que se levanta en los espacios coronada de bosques, envuelta en el azul manto de sus mares; todos los seres que se desprenden del eterno manantial de la vida, y que pueblan el Universo, revelan, ó con su luz, ó con su respiracion, ó con sus amores, ó con su movimiento, el eterno artista que los ha modelado, que les ha infundido su soplo, que ha concertado sus esferas, que los ha unido en una misma atmósfera; Dios, á cuyos piés han de depositar la parte de vida que les ha tocado, porque Dios es la primera y la última palabra del Universo, y sin él nada seria, y por él todas las cosas se mueven, como que todas le deben su sér y revelan su existencia. Pero esto era la revelacion mediante el Universo, y el espíritu humano necesitaba la revelacion inmediata del mismo Dios, que penetrara hasta el fondo de su conciencia, que hablase con voz divina al espíritu; y para este fin supremo el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nos trajo la eterna palabra, la eterna idea, la revelacion espiritual de Dios, la luz de nuestra alma y de nuestra vida. Dios se revela en el Verbo como amor. Sí, el amor inmenso, que posee al hombre su hechura, al hombre su hijo predilecto, le ha obligado á desasirse de los brazos de la eternidad, y envolverse en nuestra forma, y sujetarse á nuestros dolores, y pasar esta angustia sin fin, y vivir esta vida tristísima y morir esta muerte congojosa. Pero la muerte es la gran exaltacion de Cristo. Cuando, rodeado del pueblo que le escarnece, de los soldados que le hieren, de los escribas y fariseos que le insultan, abandonado de sus discípulos que le niegan y le desconocen; teñido el rostro con la palidez de la muerte, nublados los ojos con un velo de sangre, caída la cabeza sobre el pecho, lívidos los labios, fatigoso el aliento, frios ya todos sus miembros, Jesus siente sobre la